



Novela

¡Pobre héroe de guerra!

Stefan Zweig
La impaciencia del corazón
Traducción de Joan Fontcuberta

ACANTILADO
464 PÁGINAS
26 EUROS

ANNA ROSSELL

Con toda la polémica que Stefan Zweig levantó y sigue levantando entre los estudiosos, no hay duda de que *La impaciencia del corazón* (1939), su única novela acabada, es uno de sus mayores logros. Este texto de Zweig, que cultivó todos los registros literarios, algunos tan peculiares como la leyenda, pero conocido sobre todo por sus relatos, sus biografías noveladas y su autobiografía *El mundo de ayer* (1941), constituye uno de los últimos exponentes de la gran novela burguesa al estilo del siglo XIX. Porque Stefan Zweig (Viena, 1881-Petrópolis, Brasil, 1941), de quien se ha repetido hasta la saciedad que retrata un mundo que se derrumba, no hace de esta novela un canto de cisne, sino una historia de todos los tiempos, un clásico. Si bien el escenario sumerge al lector de hoy en un pasado lejano, el tema, en cambio, ha de captar forzosamente su atención por su absoluta vigencia. Y es que Zweig, filólogo y filósofo, hombre de una vasta y exquisita cultura, erudito como pocos y atento a las últimas tendencias del arte y de la ciencia, hace aquí una afinada reflexión sobre el alma, sobre las verdaderas razones de la actuación humana, que hay que buscar en cualquier parte

menos donde a simple vista pudiera parecer.

Stefan Zweig, que recoge el testigo del mejor Dostoievski, teje con maestría una historia de culpa y remordimiento que da fe de un buen conocimiento del psicoanálisis y de las vanguardias literarias. Al hilo de una historia de amor no correspondida entre una muchacha tullida de la nueva aristocracia y el joven teniente Anton Höllmiller, que sigue carrera militar en un regimiento de ulanos del imperio austro-húngaro en los albores de la Primera Guerra Mundial, Zweig consigue uno de sus posicionamientos más claros y tan reclamados por escasos: la desmitificación con mayúsculas de la vocación militar al servicio de la patria y de la monarquía y la del héroe de guerra, que resulta no ser tal. Con exquisita sensibilidad y atenta observación el autor desvela que el auroso brillo de las condecoraciones no es si no de latón, porque el arrojo del militar que las consiguió no se debe a su valentía patriótica sino a la más urgente cobardía. Además Zweig hace uso de técnicas narrativas en su momento novedosas, y aún actuales, como el monólogo interior, y salpica con mesuradas dosis de suspense la narración, manteniendo



Retrato de Stefan Zweig

al lector expectante hasta el final.

Hay que celebrar la reedición de la novela (en magnífica traducción de Joan Fontcuberta) publicada ya en nuestro país por Círculo de Lectores y Luis de Caralt, en versión de Alfredo Cahn, y después por Debate con el título de *La piedad peligrosa*, traducida por Carlos Fortea. Tanto más cuanto que, en el caso de Zweig, urge separar el grano de la paja entre su prolífica obra. Siendo el autor en lengua alemana más traducido de su tiempo, alcanzó fama internacional en los años veinte por sus novelas cortas y por la publicación en 1927 de su obra más aclamada, *Momentos estelares de la humanidad*, donde plantea una peculiar concepción de la historia entendida como poderoso destino ineludible.

Su éxito de ventas en el periodo de en-

Zweig desmitifica la vocación militar al servicio de la patria

treguerras dentro y fuera de Europa puede explicarse por razones diversas, pero todas tienen que ver con lo popular y lo populista, que en literatura, como en otros ámbitos, no es necesariamente una cualidad. El autor, que fue a la Primera Guerra Mundial como voluntario, convertido luego en denodado pacifista, a menudo hizo de su literatura un alegato antibelicista en el momento adecuado, aun a costa de servirse del burdo esquematismo maniqueo, como han observado sus detractores, por ejemplo en *Erasmus de Rotterdam: triunfo y tragedia*



de un humanista (1934) o *Castellio contra Calvino: conciencia contra violencia* (1936). La oportunidad histórica, unida a la curiosidad morbosa del público burgués, que con su lectura hurgaba en la vida sentimental y sexual de su propia clase o coincidía con el autor en el interés por lo demoníaco, explica la fama de un escritor cuyo renombre había de propagarse fácilmente, además, por la dimensión histórica de los personajes, nacionales y extranjeros, a quienes dedicó sus biografías noveladas. Ello contribuyó a divulgar su obra más allá de las fronteras de su país y del público de lengua alemana y propagó como la pólvora por casi todo el mundo la fama de un autor cuyos textos fascinaban ya por su transculturalidad.

La polémica en torno a la cualidad de su obra, con independencia de la que también levantó la ambigua posición frente al nacionalsocialismo de quien, según propia afirmación, aborrecía lo político y lo dogmático, sigue hoy igualmente viva. Hoy, como entonces, los frentes siguen divididos entre quienes, como Thomas Mann, encomian sus textos por su penetración psicológica y su maestría artística y los que, como Hermann Hesse, abominan de ellos, tachándolos de puro folletín. Actualmente los estudios filológicos sobre Zweig provienen más del ámbito anglosajón y eslavo que del alemán, que sin embargo ha organizado desde 1992 dos congresos sobre el autor y publicado tres volúmenes de su correspondencia epistolar (editorial Fischer, 2000, 2003 y 2005 respectivamente). [